ses olivos, y á unos quinientos pasos de la ciudad nos hallamos á la orilla de una profunda cantera. Bajamos á ella y vimos á la izquierda una gran piedra de una pieza, esculpida primorosamente, que se estendia á toda la anchura de la cantera, y dejaba debajo una abertura estrecha, medio cerrada por la tierra y por las piedras caidas. Un hombre podia apenas entrar arrastrando, y nosotros penetramos asi; mas como no teniamos luces ni con qué encenderlas, volvimos á salir al instante, y no visitamos los interiores aposentos que son sepulcros de reyes. El friso magníficamente esculpido y de trabajo griego delicadísimo, indica á este adorno de los monumentos la mas bella y floreciente época de las artes en Grecia. Sin embargo es del tiempo de Salomon: ¿quién, pues, es capaz de comprender lo que este gran príncipe habia tomado del génio de la India ó del Egipto?

3 *de noviembre.*

Hacía la peste mas estragos cada dia en Jerusalen y sus inmediaciones, y no nos fué permitido entrar en Belén, cuyo convento y santuario se encontraban cerrados. A pesar de todo montamos á caballo á la caida de la tarde, y despues de haber atravesado un llano de dos leguas, al Oriente de Jerusalen, llegamos á una altura á corta distancia de Belén, desde la que se descubre perfectamente esta reducida ciudad. Apenas nos habiamos sentado, cuando llegó una numerosa cabalgata de árabes belemitas, y preguntó por mí. Despues de los cumplimientos de costumbre, me dijeron que habian sido diputados por la poblacion de Belén, para suplicarme que hiciese disminuir la contribucion que les habia impuesto Ibrahim pachá, que tanto por la fama, como por los árabes de Abugosh, su gefe, sabian que era mi amigo; y que no me desairaría si solicitaba en favor de ellos su indulgencia. Como los árabes belemitas son los mas detestables de estas comarcas, que están en guerra siempre con sus vecinos, y pidiendo siempre rescates al convento latino de Belén, les respondí con gravedad, reprendiéndoles severamente sus rápiñas, que atendería á su peticion, y que la presentaría al pachá; mas que esto seria con condicion de que respetarian á los europeos, á los peregrinos, y sobre todo á los conventos de Belén y de San Juan Bautista; empero que si se permitian la menor violacion de domicilio, con respecto á estos religiosos, la resolucion de Ibrahim era la de esterminar hasta el último de ellos, ó arrojarlos á los desiertos de la Arabia Petrea. Añadí tambien, y esto me pareció que les hizo una viva impresion, que cuando no bastasen las fuerzas de Ibrahim, los pachas de Europa estaban decididos á venir ellos mismos y sujetarlos; y que les aconsejaba mientras tanto que pagasen el tributo. Desde este dia he tenido siempre en mi comitiva un cierto número de scheiks, beduinos de Belén, del Hebron, y del desierto de San Juan, á pesar de mis instancias para que se retirasen, cuyos scheiks no cesaban de rogarme para que intercediese por la reduccion del tributo. Regresado á mi campamento en el valle de la piscina de Salomon, y al pie de los muros de Sion, recibí la visita de Abugosh, que vino á verme con su hermano y su tio: les hice servir la pipa y el

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

café, y conversamos una hora á la puerta de mi tienda, sentado cada cual bajo distinto olivo.

El mismo dia.

Un correo de Jaffa que recibí al pie de los muros de Jerusalen, me trajo cartas de Europa y de Beyruth. Estas cartas me tranquilizaron acerca de la salud de mi hija; mas como su madre me indica al pie de la suya, que no queria absolutamente que me alejase entonces hasta el Egipto, cambié mi marcha; envié mi caravana de camellos á El-Arisch, y decidí volver por la costa de Siria. Con este motivo levantamos nuestras tiendas, envié al convento quinientas piastras, además de las mil y quinientas que habia pagado por los rosarios, reliquias, etc. etc., y tomamos nuevamente el camino del desierto de San Juan.

El general aspecto de las inmediaciones de Jerusalen se puede pintar en pocas palabras. Montes sin sombra, valles sin agua, tierras desnudas de vegetacion, rocas sin tierra y sin grandiosidad, algunas piezas de tierra parda sobresaliendo por encima de la tierra desmenuzada y á grietas, y de vez en cuando alguna higuera: un gamo ó un chakal escondiéndose entre las anchas quebraduras del monte; algunas plantas de viña arrastrando sobre la ceniza gris ó rojiza del suelo; á ciertas distancias algunos olivos imprimiendo una mancha de sombra sobre las escarpadas laderas de un collado; al horizonte un terebintho ó un oscuro algarrobo, que se desprende solo y triste del azulado cielo; finalmente, las murallas y las pardas torres de las fortificaciones de la ciudad,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

apareciendo desde lejos sobre la cresta del Sion, tales son estas inmediaciones si se mira la tierra: por lo demas, un cielo elevado, puro, límpido y profundo, en el que no aparece una nube, y que no toma jamás el color de púrpura de la mañana ó de la tarde. Por el lado de la Arabia un ancho abismo abierto entre montañas negras, por el cual se tiende la vista hasta las resplandecientes olas del mar Muerto, y hasta el morado horizonte de las cumbres de los montes de Moab: no silba un soplo de aire entre las almenas de las murallas, ni entre las ramas secas de los olivos: no se oye el canto de un pájaro, ni de un grillo; reina un silencio absoluto en la ciudad, sobre los caminos, y en los campos. Tal se nos presentó Jerusalen en los dias que estuvimos al pie de sus murallas. Allí no hemos oido mas que el relincho de nuestros caballos, que se impacientaban al sol, y que herian el suelo con sus pies; y de tiempo en tiempo el canto melancólico del muetzelin, que anunciaba las horas desde lo alto de los minaretes, ó las lamentaciones cadenciosas de los llorones turcos, que en prolongadas filas acompañaban los cadáveres de los apestados á los diferentes cementerios que rodean los muros. Jerusalen, adonde va uno á visitar un sepulcro, es ella misma el sepulcro de un pueblo; pero sepulcro sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos, cuya losa han quebrantado, cuyas cenizas parecen cubrir la tierra, que lo rodea de luto, de silencio y de esterilidad. Al dejarla volvíamos hácia ella nuestra vista en cada altura desde que podíamos distinguirla, y por última vez solo vimos la corona de olivos, que domina el monte de este nombre, el

cual descuella largo tiempo en el horizonte, despues que se ha perdido de vista la ciudad, y que se va bajando; y desaparece por fin como las guirnaldas de flores que se arrojan á la tumba fria y cavernosa.

Nosotros debiamos de volver sin embargo; pero ¡ay! no con los mismos sentimientos; no ya para llorar sobre las miserias agenas, sino para gemir por la propias, y para empapar con nuestras lágrimas esta tierra que tantas ha absorvido y secado.

Yo habia plantado mi tienda el dia anterior en un campo pedregoso, donde crecian algunos troncos de olivos sin medro y nudosos, al pie de los muros de Jerusalen, á algunos centenares de pasos de la torre de David, un poco mas arriba de la fuente de Silhoé, que corre sobre las gastadas baldosas da su gruta, y no lejos del sepulcro del rey poeta, que tan frecuentemente la ha cantado. Los altos y negros terraplenes, que en otro tiempo sostuvieron el templo de Salomon, se elevaban á mi izquierda, coronados de sus tres cúpulas azules, y de las ligeras columnatas de la mezquita de Omar, que ondea en el dia sobre las ruinas de la casa de Jehová. La ciudad de Jerusalen, devastada por la peste, estaba inundada por los rayos del sol resplandeciente, reflejados por un millar de cúpulas, por sus mármoles blancos, por sus torres de piedra dorada, y por sus murallas pulimentadas por los siglos y por los salitrosos vientos del lago Asphaltite. Ningun ruido salia de su mudo recinto, muerto, como el lecho de un hombre que agoniza: sus anchas puertas estaban abiertas, y alguna vez se distinguia el turbante blanco, y el encarnado manto de los soldados árabes, guardias inútiles de estas abandonadas puertas: ninguno entraba, ninguno salia, el aire de la mañana levantaba solo alguna vez el ligero polvo del camino, causando por un instante la ilusion de que llegaba alguna caravana; pero cuando el soplo pasaba, cuando venia á morir en las almenas de la torre de las Pisanos, ó en las tres palmeras de la casa de Caifás, el polvo caía por su peso, el desierto aparecia nuevamente, y no resonaban ya los pasos de ninguna mula ni camello sobre el empedrado del camino. Solamente á cada cuarto de hora se abrian los postigos de hierro de todas las puertas de Jerusalen, y veíamos los cadáveres de las víctimas de la peste conducidos en andas por esclavos desnudos, á los cementerios que teníamos á nuestra inmediacion. Alguna vez acompañaba al cadáver una procesion de turcos, de árabes, de armenios ó judios; desfilaba cantando por entre los troncos de olivos, y volvia despues á la ciudad con lento y silencioso paso. Muchas veces eran los muertos solos, y cuando los esclavos habian ahondado algunos palmos en la arena ó la tierra, y habian depositado y cubierto el cadáver, se sentaban sobre la misma tierra removida, se repartian los vestidos del difunto, encendian sus largas pipas, fumaban sin hablar, y contemplaban la ligera y azul columna del humo que se desvanecia en el aire límpido, puro y trasparente de estos dias de otoño.

Se estendia á mis pies el valle de Josafá como una inmensa sepultura; el seco Cedron lo señalaba con una faja ancha y blanquizca, sembrada de piedras muy gordas, y las laderas que lo circun-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

dan blanqueaban por las tumbas y esculpidos turbantes, monumento banal de los osmanlis: un poco á la derecha se hundía el monte de los Olivos, y entre las esparcidas cadenas de los conos volcánicos de los desnudos montes de Jericó y San Sabas, se dejaba estender y prolongar el horizonte como una avenida luminosa al través de los desiguales cipreses: la vista se dirigia involuntariamente hácia allí, atraida por el brillo azulado y plomizo del mar Muerto, que resplandecía á los pies de los graderíos de los montes; detrás se distinguía la cadena azul de las montañas de la Arabia Petrea, que limitaba el horizonte. Limitar no es una palabra exacta, porque estas montañas parecian trasparentes como el cristal, y uno se figuraba ver mas allá un indefinido y vago horizonte en los vapores de una atmósfera de púrpura y de albayalde.

Era justamente la hora de mediodia; el muetcelin, que espiaba el curso del sol sobre la mas alta galería del minarete, cantaba la hora y la oracion de todas las horas; esta viva y animada voz, que sabe lo que dice y lo que canta, me pareció superior al sonido material y sin conciencia de las campanas de nuestras catedrales. Mis árabes habian dado pienso á mis caballos, atados alrededor de mi tienda, con los pies trabados con anillas de hierro; y estos animales tan hermosos y mansos, tenian bajas las cabezas, y la sombra de sus crines, y su pelo castaño reluciente, humeaba á los rayos de un sol ardiente. Los hombres se habian reunido debajo del mas grande de los olivos, habian tendido en tierra las esteras de Damasco, y fumaban contándose historias del desierto, ó cantando versos de Antar. Antar es el tipo del árabe

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

errante. Pastor, guerrero, y poeta á la vez, ha descrito el desierto todo entero en sus poesias nacionales; épico como Homero, imita el tono lamentable de Job; amoroso como Teócrito, procura ser filósofo como Salomon. Sus versos que adormecen ó exaltan la imaginacion de los árabes del mismo modo que el humo de sus pipas ó narguilés, resonaban en guturales sonidos en el grupo de mis sais; y cuando el poeta heria con mas exactitud ó mas fuerza la sensible cuerda de estos hombres salvages, aunque impresionables, se oia un ligero murmullo que salia de sus labios, juntaban sus manos, las alzaban sobre sus orejas, y esclamaban: *¡Allah! ¡Allah! ¡Allah!*

El recuerdo de tales horas pasadas en oir versos, que no podia comprender, me hizo buscar despues algunos fragmentos de poesias árabes populares, y particularmente del poema heróico de Antar. Conseguí procurarme un cierto número de ellas, y me las hacia traducir por mi dragoman en las noches de invierno pasadas en el Líbano. Yo comenzaba á entender un poco el árabe, pero no lo bastante para leerlo; mi intérprete me traducia los fragmentos del poema en italiano vulgar, y yo los traducia literalmente en francés; de este modo he conservado estos ensayos poéticos, é insertándolos al fin de este tomo, se verá que la poesía es de todos los tiempos, de todos los paises y de todas las civilizaciones.

Como dejo dicho, el poema de Antar, es la poesía nacional del árabe errante, y el embeleso de su imaginacion. ¡Cuántas veces he visto despues á estos árabes sentados y apiñados por la noche al rededor del fuego de mi vivac, tendiendo el cuello, apli-

cando el oido y dirigiendo sus miradas de fuego á uno de sus compañeros que les recitaba pasages de estas admirables poesías, mientras que la nube de humo que exhalaban sus pipas, formaba sobre sus cabezas la atmósfera fantástica de los sueños, y que nuestros caballos con la cabeza baja parecian escuchar con atencion la monotona voz de sus amos! Tambien yo me sentaba inmediato á este corro, y aunque no entendiese las palabras, por el sonido de la voz, por la espresion de las fisonomías y por la agitacion de los oyentes, comprendia que era poesía, y me figuraba las relaciones interesantes, dramáticas y maravillosas que me imaginaba yo mismo: del propio modo me sucede en tales ocasiones, que oyendo una musica melodiosa ó apasionada, creo oir las palabras, y que la poesía de la lengua cantada, me revela y me dice la poesía escrita. Puedo añadir aun, que no he leido jamas una poesía comparable á esta que oia en la lengua ininteligible para mí de los árabes; la imaginacion escediendo siempre á la realidad me hacia creer oir la primitiva y patriarcal poesía del desierto, me figuraba ver al camello, al caballo y al gamo; descubria un oasis frondoso del cual se desprendian las copas de las palmeras de un verde amarillento, por encima de unas inmensas de arena encarnada: presenciaba los combates de los guerreros; y contemplaba las bellezas árabes arrebatadas en la lucha, que se mostraban reconocidas á sus amantes y á sus libertadores. Esto me recuerda la originalidad de que siempre he tenido mas gusto de leeer á un poeta estrangero en una detestable y llana traduccion, que en el mismo original: el mejor original deja

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

siempre algo que desear en la espresion: la mala traduccion no hace mas que indicar el pensamiento y el asunto, y la imaginacion se lo viste y embellece por sí misma con palabras que supone tan trasparentes cual la idea; gozando de un placer por completo creado por sí misma tambien. La perfeccion ideal está en el pensamiento: la imaginacion supone la espresion de esta perfeccion. Es verdad que para disfrutar de este placer es preciso ser hasta cierto punto músico ó poeta; ¿pero quién no lo es?

Antar á un mismo tiempo héroe y poeta del árabe errante, es poco conocido en Europa: apenas sabemos su historia é ignoramos aun la fecha exacta de su existencia. Algunos sabios suponen que vivió en el siglo VI de nuestra era, pero las tradiciones locales lo hacen mas antiguo. Segun estas tradiciones, sacadas en parte de su poema, era Antar un negro esclavo que conquistó su libertad con sus proezas y sus virtudes, y que se grangeó el corazon de Abla á fuerza de amor y de heroismo. El poema de Antar no es como el de Homero, escrito en verso todo: su poema está en prosa poética del árabe mas puro, con algunos versos intercalados. Lo que hay de particular en esto, es, que la parte de la relacion escrita en prosa es infinitamente superior á los fragmentos líricos intercalados. La parte poética se resiente del trabajo, de la afectacion y del modo de los literatos en decadencia; por el contrario, nada es mas sencillo, mas natural y mas verdaderamente apasionado que su prosa. Cuanto he leido de poesias árabes, antiguas ó modernas, participa mas ó menos de este trabajoso esmero, que se descubre por

desgracia en las poesías de Antar; pues si bien no son juegos de palabras, son juegos de ideas y juegos de imaginacion, mas á propósito para divertir el entendimiento que para interesar el corazon. El arte necesita de muchos siglos para imitar á la naturaleza; y entre los árabes no son los versos todavía mas que un modo agudo de chancearse con el ingenio ó con los sentimientos. De esta clase deben esceptuarse algunas poesías religiosas, escritas hace treinta años por un obispo maronita del Líbano, de las cuales traigo algunos fragmentos dignos de los lugares que las han inspirado, y de los asuntos sagrados á que habia consagrado esclusivamente su númen varonil este cenobita piadoso. Sus poesías religiosas son mas sublimes y mas íntimas que cuantas conozco de Europa; se nota en ellas cierta cosa del acento de Job, de la grandeza de Salomon, y de la melancolía de David.

Siento que un práctico orientalista no nos dê una traduccion entera del Antar, pues valdria esto mas que un viaje, porque nada refleja mejor las costumbres que un poema; esto rejuveneceria tambien nuestras inspiraciones, por la novedad del colorido que las soledades presentaron á Antar, y seria mas divertido que el Ariosto, y mas interesante que el Tasso. Creo que la poesía italiana de Ariosto y del Tasso es hermana de las poesías árabes; la misma alianza de ideas que produjo la Alhambra, Sevilla, Granada y algunas de nuestras catedrales, ha producido la Jerusalen y los hermosos dramas del poeta de Reggio. Antar es mas interesante que las *Mil y una noches*, porque es menos maravilloso: todo el interés está sacado del corazon del hombre, y de las verdaderas ó verosímiles aventuras del héroe y de su amante. Los ingleses tienen una traduccion casi completa de este delicioso poema; nosotros solo tenemos algunos bellos trozos diseminados en la Revista Literaria: el lector podrá apenas traslucir las admirables bellezas del original al través de las imperfecciones de la traduccion de los fragmentos.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Una jóven turca llora á su marido á corta distancia de mí sobre uno de esos pequeños monumentos de piedra blanca, de que están sembradas todas las colinas alrededor de Jerusalen; parece tener unos diez y ocho años, y no he visto tan interesante imágen del dolor. Su velo echado atrás, me dejaba verla de perfil, el cual tenia la pureza de las mas hermosas líneas de las cabezas del Parthenon, mas al mismo tiempo tenia la molicie, la suavidad y la graciosa languidéz de las asiáticas, cuya belleza es mas femenina, mas tierna, y fascina mas el corazon, que la belleza severa, y aun algo varonil de las estátuas griegas. Su pelo era de un rubí bronceado, dorado como el cobre de las estátuas antiguas, color muy estimado en este pais del sol, del cual es como un reflejo permanente. Estos cabellos, desprendidos de su cabeza, caian alrededor de ella, y barrian materialmente el suelo. Su pecho estaba descubierto enteramente, segun la costumbre de las mujeres de esta parte de la Arabia; y cuando se bajaba para besar la piedra del turbante, ó para aplicar su oido al sepulcro, tocaban en tierra sus dos pechos é imprimian su molde en el polvo; del mismo modo que el molde del hermoso seno de Atala sepultada se dibujaba aun sobre la arena del sepulcro en la hermosa epopeya de Mr. de Chateaubriand. Esta mujer habia

enramado de toda clase de flores el sepulcro y la tierra del rededor; una hermosa alfombra de Damasco estaba tendida bajo sus rodillas; sobre la alfombra habia algunos vasos de flores, una cesta de higos, y algunas galletas de cebada, porque esta mujer debia pasar todo el dia llorando. Un hoyo hecho en la tierra, que debia corresponder á la oreja del muerto, servia de conducto á la voz hácia el otro mundo, donde descansaba el que iba á visitar: se inclinaba á cada momento sobre esta abertura; cantaba, interpolando con suspiros su cancion; aplicaba el oido como si oyese la respuesta, y volvía despues á empezar á cantar y llorar. Procuré oir las palabras que articulaba, pues llegaban hasta mí; pero mi dragoman no las pudo entender. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué secretos de dolor y de amor encerrarían! Palabras confusas y tan anegadas en lágrimas ¡qué suspiros debian contener animados con la vida de dos almas arrancadas la una á la otra! Si alguna cosa en la tierra fuese capáz de interrumpir el sueño de la muerte, serian ciertamente palabras pronunciadas por semejante boca!

A dos pasos de esta mujer llorosa, y bajo un pedazo de tela negra, sostenida por dos cañas clavadas en tierra, para servir de quitasol, jugaban sus dos niños con tres negras esclavas de Abisinia, arrodilladas como su ama sobre la arena que cubria la alfombra. Estas tres mujeres, jóvenes y hermosas tambien, con talles esbeltos y el aguileño perfil de las negras de la Abisinia, estaban agrupadas en actitudes diversas, como tres estátuas formadas de una sola pieza de mármol. La una tenia en tierra una rodilla y sobre la otra

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

sostenia á uno de los niños, que tendia los brazos hácia el punto en que lloraba su madre; la otra estaba sentada sobre sus piernas, y tenia sus manos juntas como la Magdalena de Cánova, sobre el delantal de lienzo azul; y la tercera estaba derecha, inclinada un poco sobre sus compañeras; y balanceándose á derecha é izquierda, mecia contra su seno, apenas dibujado, el mas pequeño de los niños, que inútilmente procuraba hacer dormir. Cuando los sollozos de la jóven viuda llegaban á sus hijos, estos principiaban á llorar, y las tres esclavas, despues de haber respondido con un sollozo al de su ama, cantaban canciones, y decian cariñosas palabras para acallar y adormecer los niños.

Era domingo: á doscientos pasos de mí, detrás de las anchas y altas murallas de Jerusalen, oía salir de la negra cúpula del convento griego los lejanos ecos, débiles ya, del oficio de vísperas. Los himnos y los salmos de David se entonaban despues de tres mil años, traidos por voces estrangeras, y en una lengua nueva, sobre las mismas colinas que los habian inspirado; y yo veía sobre los terrados del convento algunos rostros de frailes ancianos de Tierra Santa, que iban y venian con su breviario en la mano, recitando estas oraciones que habian sido recitadas despues de tantos siglos, en tantas lenguas, y en rimas tan distintas.

Yo me hallaba allí tambien para cantar estas maravillas, para estudiar los siglos en su cuna, para remontar hasta en su origen el desconocido curso de una civilizacion, de una religion; para recibir la inspiracion del espíritu, de los lugares,

y del oculto sentido de las historias y de los monumentos, sobre las márgenes que fueron el punto de donde partió el mundo moderno, y para alimentar, finalmente, la poesía grave y pensadora del siglo en que vivimos, con una sabiduria mas real, y con una filosofía mas verdadera!

Esta escena presentada á mi vista, recogida y acumulada entre los recuerdos de mis viajes, me presentó los destinos y las fases casi completas de todas las poesías. Las tres esclavas negras meciendo los niños y entonando sencillas canciones, sin ningun recuerdo de su pais natal; he aquí la poesía pastoral é instintiva de la infancia de las naciones: la jóven viuda turca llorando la pérdida de su marido, y cantando con sollozos á la tierra; he aquí la poesia elegiaca y apasionada, la poesía del corazon: los soldados y los mukres árabes recitando trozos belicosos, amorosos y maravillosos de Antar; he aquí la poesia épica y guerrera de los pueblos conquistadores: los frailes griegos cantando los salmos sobre los solitarios terrados de su convento; he aquí la poesía sagrada y lírica de las edades de entusiasmo y de renovacion religiosa: y yo, meditando bajo mi tienda, y recogiendo las verdades históricas ó pensamientos sobre toda la tierra; he aquí, finalmente, la poesía filosófica, hija de una época en que la humanidad se estudia y se reasume ella misma hasta en los cantos en que emplea sus ocios.

He aquí la poesía toda entera en lo pasado; mas ¿cuál será la poesía futura? . . . . . .
. . . . . .

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

4 de noviembre.

Hemos pasado tarde y noche en el desierto de San Juan, y nos hemos despedido de los escelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; porque el recuerdo de la virtud humilde y perfecta queda impreso en el alma, como el perfume del incienso de un templo que uno ha atravesado. Dimos á estos buenos padres una limosna, apenas suficiente para indemnizarles del gasto que les habiamos causado; ellos no hicieron mérito del riesgo á que les habiamos espuesto, y me pidieron que los recomendase á la proteccion del terrible Abusgosh, que debia encontrar en Jeremías. Partimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de San Juan, que nos seguian siempre, y comenzaban aun á amenazarnos: á las ocho de la mañana habiamos pasado ya los altos montes coronados por los sepulcros de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías fumando la pipa, y tomando café con Abusgosh, sus hermanos y tio. El primero me dió muchas pruebas de benevolencia, me colmó de atenciones, y quiso regalarme un caballo, que no quise admitir; porque me hubiera visto precisado á hacerle otro presente, el cual hubiera podido parecer un reconocimiento del tributo que impone á los peregrinos, del cual les ha relevado Ibrahim. Aproveché esta ocasion para recomendarle los religiosos de San Juan, de Belen y de Jerusalen, y los puse bajo su proteccion. Con efecto supe despues que habia ido á libertarles de las exigencias de los beduinos del desier-